

CINCO MOVIMIENTOS PARA TABLAS

1. Juego

En uno de los poemas de A. O. Barnabooth de Valery Larbaud, Archivaldo observa desde un buque el puerto de una ciudad del sur. Atisba a través de la noche las ventanas iluminadas de los cafés, los restaurantes que resplandecen en las aceras, las rejas doradas de los jardines... Y reconoce todos aquellos lugares: los rincones donde se detuvo, las veredas por las que paseó tiempo atrás, durante unos “meses soleados” de su vida. Pero ahora -en medio de la oscuridad y del temblor de las pequeñas olas- ve aquellos brillos lejanos, aquellos recuerdos, “como una descomunal caja llena de juguetes sobre la cama de un niño enfermo” y decide no desembarcar. Quedarse a distancia. Como el niño que con las manos bajo el embozo no tiene fuerzas para dar voz a lo que está callado, para hacer rugir los motores de los pequeños coches que están arrumbados entre muñecos como estuvieran en un desguace tras un accidente.

El tiempo del recuerdo a veces es eso: ver con indiferencia los restos de las cosas que el olvido fue desgastando, ver las luces que brillan a lo lejos pero ya no dan calor... Pero en otras ocasiones uno hace un esfuerzo y acaricia -a pesar de la fiebre- la superficie suave de algo que parece que despertara en esta gran caja que reposa sobre la cama de los días. Así juegan Julia Fuentesal y Pablo Muñoz de Arenillas una partida lenta en la que se avanza a través del tiempo. Una partida que sabemos que acaba en tablas. Sentados frente al óxido, frente al polvo que oscurece los rayos de sol que atraviesan la penumbra...

2. Faro

Viajo por carreteras rectas camino de Pedro Muñoz como si navegara hacia la costa. Ya Azorín -hace más de cien años- recorrió estos lugares y atravesó plazas desiertas, para ver más allá la llanura inmensa -desmantelada, infinita en la lejanía- que, “allá adentro, en la línea remota del horizonte se confunde imperceptible con la inmensa planicie azul del cielo”. Hay algo de fondo marino en estos espacios abiertos sobre los que navegan nubes grandes y solitarias como galeones, mientras el calor ondula las viñas que tiemblan movidas por una marea o una corriente oculta. Por estos caminos pasaron también Cees Nototeboom, Rupert Croft-Cooke y tantos otros viajeros... Cees observa las flores que crecen en los arceles: amapolas, ortigas muertas, margaritas, dientes de león... Al apartarse de la autovía e internarse en la región ve cómo “El horizonte se balancea ante nosotros” y todo está vacío de repente con la sensación de libertad que esto supone. Unas décadas antes Rupert también avanzaba por terrenos arcillosos y sintió una curiosa sensación de ligereza y sensibilidad. Tal vez el mareo del que está sobre la cubierta de una nave. Describe también las flores al borde de la senda: gencianas silvestres, tomillo, mejorana, romero...

Y en medio de este mar -de estas extensiones de pequeñas flores brillantes como corales- surge la Harinera de Germán como un faro o -tal vez- como un palomar gigante y extraño. Una arquitectura de líneas altas, recortada con perfiles puros sobre el azul del cielo con esa nitidez con la que se dibujan los barcos al llegar a puerto. No se trata tan sólo de la luz, de que estas antiguas fábricas harineras fueran las impulsoras de la llegada de la electricidad a estos lugares, sino que, con sus motores y poleas produjeron también una cierta fe en el progreso, en la idea de que se navegaba hacia un futuro mejor, luminoso, lleno de riqueza, resplandeciente. En este segundo sentido se trata de un espacio lleno de luz. Pero ahora está cerrado -abandonado- y Julia y Pablo al abrir la puerta ven las sombras y el polvo cubriendo el suelo como nieve sucia. También algunos pequeños haces de oro que se filtran desde lo alto, hilos en los que reverberan mil pequeños mundos.

3. Movimiento del caballo

Hacia delante y también hacia un lado, saltando por encima del muro de peones. Es una de las aperturas más antiguas del ajedrez: el caballo gira y detrás parece que nada hubiera cambiado, que las líneas no se hubieran abierto y las puertas siguieran cerradas. Julia y Pablo han entrado en este edificio -atravesando la luz y blancura del patio- con la levedad y fuerza de este salto: sin tocar nada, sin derribar piezas. Trabajan en un lateral, en lo que fuera el almacén, el lugar en

el que se pesaban los sacos y ahora solo pesa el aire vacío. Bajo una viga que nada sostiene, o que en realidad tal vez sostiene la nada... Recuerdo –por contraste con este silencio de las máquinas varadas- aquel otro molino del Quijote en el que bramaba el viento y el crujir de los engranajes, aquellas torres gigantescas que braceaban desahoradas y amenazaban como un ejército. Y, sin atender a las voces de Sancho que grita que es el viento el que mueve las aspas, Don Quijote mete espuelas a su caballo y avanza al galope, recto, lanza en ristre. Tras la embestida suben arrastrados a lo alto y -quebrada la lanza en mil pedazos- caen ambos a un lado- muy maltrechos rodando por el campo. Movimiento de ajedrez, de caballo: al frente y hacia el lado. Tal vez se equivocara el escudero y si estuvieran vivos los molinos y su señor se enfrentara a gigantes fuertes, con esa juventud de lo que comienza, y quizás por eso fracasó el ataque. Pero ahora todo está en calma y Julia y Pablo entran en este otro molino -en la Harinera- como médicos que recorrieran las habitaciones donde se apaga la vida. Auscultan, buscan el pulso, las pequeñas corrientes por donde aún fluye el aire. Acarician las mil canaletas y tuberías que conectan las máquinas como si abrieran un cuerpo en un ejercicio de anatomía. Recorren los laberintos vacíos buscando los recuerdos, las huellas... y de repente escuchan un zureo bajo las tejas y el rumor apresurados de las carreras de los ratones. Y sienten que no están allí para hacer una autopsia, que tal vez la vida no está al frente bajo un foco de luz, sino un poco desplazada, a un lado, escondida en las sombras. Y, buscando esa zona apenas explorada hacen este movimiento raro del caballo: que no toca nada, que apenas deja huellas. Que no es un movimiento de huida o de derrota, sino sólo de suspensión, de dejar la partida sin final.

4. Fantasmas

Mi bisabuela Ramona trabajó en los campos de trigo de Extremadura cerca de Riobos. Era espigadora en las cuadrillas que caminaban agachada tras los segadores armando los haces de espigas mientras cantaban. De aquella época recordaba las voces, cómo las canciones llenaban el campo desde el amanecer en los trigales, hasta la caída del sol en la era mientras trillaban - con los niños dando vueltas subidos en el trillo- o aventaban el grano. Un día todos se conchabaron –como decía ella- para hacer huelga y pedir al patrón que subiera el jornal. Acordaron que se callarían y tirarían las hoces cuando Ramona gritase ¡Ave María purísima! Y cuando mi bisabuela gritó cayeron blandamente los aperos sobre las mieses... y se hizo el silencio. Muchos años después todos aquellos humildes instrumentos de los que ya habló Virgilio en el canto primero de las Geórgicas se fueron recogiendo de los desvanes y establos donde dormían y se colgaron para decorar estancias, para armar museos en los que el óxido daba una pátina de respetabilidad a lo que en vida siempre estuvo brillante y afilado. La reja del arado, el pesado madero de roble, los trillos, las rastras y las azadas, los zarzos de madroño y los cedazos, la manquera de olmo, el yugo de madera ligera de tilo: todos callados, esperando en vano ser cogidos... Julia y Pablo sentados frente a una mesa acarician los nudos desgastados de la madera o la aspereza del hierro y van vaciando la estancia, barriendo, quitando cosas, trabajando en silencio, escuchando...

Cuando los primeros folkloristas intentaron grabar las canciones de los segadores, a éstos se les olvidaba la letra y eran incapaces de entonarlas dentro de una habitación. Sólo cuando salieron al aire libre y -valiéndose de palos o trozos de rama simulaban los movimientos de la siega- les vinieron a la memoria las letras y los ritmos de las canciones. Como si la canción necesitara la felicidad del cuerpo cansado, el respirar del trabajo. Julia y Pablo juegan en su tablero no con las figuras melancólicas y mentirosas de la nostalgia o la recreación de un pasado que no va a volver sino con las piezas negras del tiempo que sigue en la sombra. Conocen la mudez de las cosas, su obstinación, su abandono. Unos zapatos quisieran marchar lejos, no saben que no irán a ningún lado. Las piernas se alargan, se vuelven finas, incapaces de sostener más que el aire mientras una camisa alarga sus mangas buscando el calor de unos brazos. Fantasmagorías... Cortinas, pliegues, mantos de los monjes torturados de Zurbarán, sudarios... y esta camisa colgada que, como todas las telas, cae desmayada a la tierra. Los cuerpos huyeron lejos; tal vez la harina se posó sobre ellos y los cubrió, hasta hacerlos invisibles, sutiles como apariciones. Quedan estos restos, jirones que el viento podría mover y hacer gesticular. Pero aquí no hay viento ni canciones. Ni siquiera el sonido sordo de los motores traqueteando. Pero Julia y Pablo

escuchan atentamente y, poco a poco, perciben pasos pequeños y cómo las palomas arriba, de vez en cuando, se revuelven y hacen ruido para recordarnos la densidad del silencio.

5. Tablas

Hace décadas que no se siente el fluir de la harina dentro de los canalones pero aún se siente la fuerza, la tensión que debieron soportar y uno puede imaginar el traquetear de los conductos que permanecen rígidos como los tendones de un cuerpo anciano que hubiera trabajado de sol a sol. Como si las tablas volvieran al árbol del que una vez fueron separadas, suben a lo alto y se abren formando ramas, laberintos, manos y extraños codos que se pierden en la techumbre. Cuando la fábrica estuvo en funcionamiento los motores que ahora parecen piedras incrustadas en el suelo debieron tener algo de corazón, de pulmones, de riñones, de órganos que bombeaban, que hacían temblar todo. Ahora el espacio recuerda más un exterior -un bosque o un cañaval- que un interior y nada recuerda que tal vez allí también sonaron voces, órdenes, a lo mejor canciones. Julia y Pablo ven crecer las raíces que se extienden como túneles que no buscaran agua sino escapar hacia la luz. Como si toda la residencia que han desarrollado en La Harinera estos artistas fuera en realidad una huída, un esconderse. Al igual que en el cuento de Kafka “Josefina la cantora y el pueblo de los ratones” se pierden discretamente para entrar en la liberación del olvido. Marc Augé ha señalado que los recuerdos son moldeados por el olvido como el mar moldea los contornos de la orilla. Yo comencé este texto cerca de esa orilla, citando a alguien que en la noche navega hacia un puerto y hacia su pasado. Hablando también de otros viajeros a los que el viento arrastró por estas llanuras profundas como el océano... recordando a Ramona y al Quijote, las canciones, los silencios... Y al ver a Eco -el perro de los artistas- diminuto y callado, siento que lo mejor que puedo hacer es que las palabras se vuelvan así también: apagadas, pequeñas, explorando tímidas y asustadas los rincones de la fábrica. Y que al final regresen y huyan por un hueco. Que todo quede en tablas, que escapemos de la victoria y la derrota, de la memoria y el olvido mientras arriba, bajo el tejado, tiemblan las palomas y, más alta aún, la luz, las nubes, el cielo, el silencio.

Javier Castro Flórez